

mal, preparando al pueblo para que se oponga á semejante proyecto. Yo no vacilo en declarar resueltamente, que estender los Estados mas allá del Mississippi, es una medida que no puede, ni debe consentirse, y cuanto antes se oponga el pueblo á ello, tanto mejor será para nosotros, pues así se evitarán con seguridad los peligros que nos amenazarían..... Yo me opongo al *bill*, no por animosidad contra el pueblo de Nueva-Orleans, sino porque estoy plenamente convencido de que envuelve un principio incompatible, contra las libertades y seguridad de la patria. Yo espongo claramente mi parecer; aprobar este *bill* equivale á dar un golpe de muerte á la Constitucion; acaso no esperamenteis inmediatamente las consecuencias, pero advertid que no se pasará mucho tiempo sin que se realicen mis predicciones.»

A pesar de la elocuencia de Mr. Quincy y de sus temibles pronósticos, el *bill* se aprobó al fin por una gran mayoría.

El asunto mas importante que se discutió luego en el Congreso durante aquella legislatura fué el referente á la renovacion de la carta del Banco de los Estados-Unidos, pues como caducaba en 4 de marzo de 1811, todos los accionistas y amigos de los Directores trabajaban activamente para que continuase funcionando aquella Corporacion. Ha-

biendo pedido el Comité del Senado **1811.** las noticias necesarias para resolver, Mr. Gallatin, Secretario del Tesoro, presentó un luminoso informe en el que demostraba que las operaciones del Banco se habian conducido con sumo acierto. Segun dicho documento el capital de aquel constaba de diez millones de duros; tenia ocho millones quinientos mil en depósito, tanto del Gobierno como de particulares, y habia devuelto cuatro millones quinientos mil en papel. Por otra parte se le debian diez y

ocho millones treinta mil duros en buenos créditos: segun creemos, tenia almacenados géneros por valor de cinco millones; el edificio, juntamente con el terreno que ocupaba, estaba tasado en poco menos de quinientos mil duros, resultando segun el balance otros quinientos mil para imprevistos. El Secretario propuso no solo que se renovase la carta, sino que se aumentara el capital en treinta millones de duros, pero manifestaba al propio tiempo que al hacerlo así, era conveniente introducir cierta modificacion, porque habia poderosos motivos para que no continuara el Banco rigiéndose por la carta primitiva.

A principios de enero, el Comité de la Cámara, del que era Presidente Mr. Burwell de Virginia, presentó un *bill* relativo á la renovacion de la carta, y el 16 del mismo mes se tomó en consideracion, suscitándose con este motivo un animado debate, en el que Burwell, Macon, Porter y otros, se opusieron á la medida, en tanto que Fiske, Key, Garland y algunos mas, la apoyaban. **1811.** Pronunciáronse notables discursos por ambas partes y se aprobó luego por cincuenta y nueve votos contra cuarenta y seis una modificacion propuesta por Mr. Burwell. El dia 24 se suspendió la discusion por sesenta y cinco votos contra sesenta y cuatro.

El Comité del Senado, del que era Presidente Mr. Crawford, de Virginia, presentó un *bill* el 5 de febrero, relativo tambien á la renovacion de la carta, y habiendo propuesto Mr. Anderson, del Tennessee, introducir una enmienda, se suscitó un acalorado debate. Mr. Crawford defendió hábilmente la conveniencia de la medida, rechazando con la mayor indignacion el cargo de apostasia que le dirigieron los otros Senadores democráticos, y Ricardo Brent, de Virginia, Juan

Pope de Kentucky, Jacobo Lloyd, Timoteo Pinckering, de Massachussetts, y Juan Taylor de la Carolina del Sur, apoyaron resueltamente el informe de Crawford en tanto que Enrique Clay se distinguió combatiéndole, así como tambien Giles y Samuel Smith. Este asunto volvió á tomarse en consideracion el 20 de febrero y habiéndose procedido la votacion, resultó empate, es decir, diez y siete en favor y otros tantos en contra, debiéndose esto á que Lloyd, Pickering y Brent votaron en favor del *bill* contrariamente á las instrucciones que recibieran de las legislaturas de Massachussetts y Virginia. Dividido el Senado de este modo, el Vice-presidente Jorge Clinton, alegando que el Congreso no estaba autorizado para establecer un banco nacional, dió su voto para desechar el *bill*.

En toda esta cuestion predominó, como es de suponer, el espíritu de partido. El público en general tenia una gran prevencion contra el banco, y muchos lo condenaban solo por el hecho de haber sido instituido por los federalistas. La prensa por su parte combatió vigorosamente la medida, censurando con la mayor acritud á los miembros democráticos del Congreso que habian votado en favor del

banco. Al hacer sus observaciones **1811.** decia Pitkin lo que sigue: «La influencia de semejantes instituciones, era la gran cuestion para el Congreso, y si se reflexiona que el número de los bancos establecidos en los diversos Estados ascendia ya á noventa, con un capital de mas de cincuenta millones de duros, no es de estrañar que inspirase recelos y temores la existencia del Banco de los Estados-Unidos, y que muchos se opusieron á la renovacion de la carta.

Al emitir Mr. Gallatin su dictámen en el Comité del Senado, habia dicho que si no se renovaba la carta, tendria que recurrir el Gobierno á los bancos de los Estados-Uni-

dos, y que él preferia para las transacciones monetarias un Banco nacional, no solo porque no estaba tan generalizado el crédito de los otros, sino porque sus billetes eran muy varios en diversos puntos de la Union. Mr. Fiske, de Nueva-York, sostuvo por su parte que originaria un gran trastorno al Gobierno hacer uso del papel de los bancos de los Estados, para sus operaciones bursátiles, pues las rentas recaudadas en cada uno de estos últimos, deberian depositarse en su respectivo banco, ó repartirse entre todos. Mr. Fisker terminaba su discurso de este modo: «Si elegimos uno de los bancos, todos los demás quedarán descontentos y emplearán contra aquel sus capitales é influencia, declarándose tambien en contra del Gobierno, lo cual nos creará enemistades sin número. Si por el contrario dejamos á todos satisfechos, será preciso abrir cuentas separadas para cada uno, y esto es un trabajo impropio, existiendo en el país cincuenta ó sesenta, sin contar que se formarán nuevas compañías para repartirse los negocios y aprovecharse de los beneficios. Con medida semejante no tendrian fin los abusos y las intrigas.»

Todos los argumentos sin embargo fueron inútiles; ni aun se permitió prorogar la existencia del banco, y despues de haber intentado la legislatura de Pennsylvania, aunque sin conseguirlo, que se renovase la carta, dióse por terminado el asunto **1811.** y se nombraron comisionados para proceder á la liquidacion del Banco.

Durante el mes de febrero se promovió un acalorado debate sobre la suspension de relaciones estranjas, y se propusieron varias medidas contra la Gran-Bretaña y Francia. Las sesiones se prolongaban muchas veces hasta la media noche, y no solo los miembros del Congreso, sino todo el país, tenian

el mayor interés en saber el resultado de los debates, pues la vacilante é insidiosa política del Gobierno francés, y la persistencia de Inglaterra en no anular sus injustificables edictos contra el comercio de los Estados-Unidos, aumentaban la irritación del pueblo dando lugar á que menudeasen las recriminaciones entre los partidos opuestos. Para el caso de que fuese necesario recurrir á las armas, lo cual tendria que suceder muy pronto en concepto de muchos, autorizóse al Presidente, para que negociara un empréstito de cinco millones de duros.

El día 27 de febrero se nombró á Mr. Joel Barlow, ministro residente en Francia, en reemplazo del general Armstrong, á quien habia llamado su Gobierno; y en Inglaterra, se confiaron los intereses de nuestro país á Jonatan Russell, como encargado de negocios, pues Mr. Pinckney, segun ya hemos dicho, habia vuelto á los Estados-Unidos. Estos señores trabajaron mucho á fin de obtener justicia de los gobiernos respectivos, pero sentimos decir que no consiguieron nada (*).

El Congreso terminó sus atareadas sesiones el día 3 de marzo de 1811, y deseábase con ansia que volviera á reunirse á fin de ver qué partido se tomaba en tan críticas circunstancias.

Poco tiempo despues ocurrió en el mar un hecho, que excitando en el mas alto grado el patriotismo del pueblo de la Union, le hizo desear la guerra con la Gran Bretaña. Desde el día en que habia tenido lugar el injusto ataque contra el *Chesapeake*, los oficiales de nuestra armada tenian deseos de lavar la mancha que en su concepto habia caido sobre ellos, y las fuerzas navales de la Union

(*) El tercer censo de los Estados-Unidos, dió el siguiente resultado: blancos libres, 5.862,073; esclavos, 1.191,364; de otras clases, 183,377; total de la población, 7.230,814.

no salian de sus aguas; pero los ingleses, segun dice Cooper, aumentaban el número de sus cruceros en las costas **1811.** á medida que los americanos iban reuniendo mas fuerzas, si bien ya no se apoderaban de nuestros marinos fuera de los puertos. Rara vez se veia un crucero inglés cerca de tierra, y á no dudarlo, los comandantes habrian recibido orden de su respectivo Gobierno, de evitar todo encuentro. Los buques ingleses, sin embargo, eran numerosos, cruzaban á poca distancia de los puertos, y manteniendo continuas comunicaciones entre las Bermudas y Halifax, puede decirse que interceptaban casi todos los buques que iban del uno al otro hemisferio.

A principios de mayo, se puso en conocimiento del Comodoro Rodgers, comandante del *Presidente*, buque de cuarenta y cuatro cañones, que el capitán de otro de guerra inglés, procedente de Sandy-Hook, se habia apoderado de un marinero de un brick americano, y deseando averiguar lo que hubiera sobre el caso, el comodoro resolvió emprender una correría, y el *Presidente* se hizo á la vela en 16 de mayo con rumbo á la parte Sur de Nueva-York. No tardó el comandante americano en divisar el buque, y reconociendo por la forma de sus velas y la simetría de su construcción que era de guerra, acercóse todo lo mas posible á fin de ponerse al alcance de la voz, visto lo cual por el buque desconocido, hizo varias señas, y viendo que no se le contestaba, se mantuvo á la capa. El Comodoro resolvió en el acto darle caza, y tan pronto como se hubo puesto al alcance de la voz gritó con la bocina: *Ohé, ¿qué buque es ese?* El buque inglés, que parecia una pequeña fragata, contestó preguntando lo mismo, y despues de una breve pausa hizo fuego con uno de sus cañones, cuya bala atravesó el palo mayor del buque

americano. Entonces el *Presidente* disparó su primera andanada, y comenzó el combate, pero al poco tiempo, el capitán de la fragata inglesa se dió por vencido, y se apresuró á contestar cuando el comodoro repitió su pregunta. Satisfecho Rodgers con este resultado y no deseando llevar las cosas mas lejos, dió el nombre de su buque y se mantuvo á la capa, á fin de no abandonar á su contrario durante la noche, disponiendo además que se encendiesen sus fanales para que la fragata reconociera su posición. Al amanecer, el comodoro envió un bote á fin de ofrecer auxilios á su contrario, que era el *Pequeño Belt*, de diez y ocho cañones, capitán Bingham, pero no habiendo sido aceptados, el *Presidente* volvió al puerto. De la tripulación de la fragata inglesa, que habia quedado muy averiada, perecieron treinta y un hombres, en tanto que su contrario solo tuvo un herido sin que el buque sufriera daño alguno de consideración.

Mr. Cooper refiere detalladamente este hecho, y dice que produjo mucho entusiasmo en el pueblo de la Union. Los ingleses aseguraron que el *Presidente* habia sido el agresor, mas para nosotros queda evidentemente demostrado que el *Pequeño Belt* fué el primero en acometer, persistiendo en una lucha desigual. En Inglaterra se dió completo crédito al parte remitido por el capitán Bingham, que bastó para aumentar la exasperación de los ingleses; por lo que hace al comodoro Rodgers, muchos censuraron severamente su conducta de una manera que perjudicó su reputación y buen nombre (*).

Nuestro historiador naval refiere otro incidente, que citaremos aquí, porque da á

(*) Mr. Cooper hace en su *Historia Naval*, vol. II, páginas 26-35, detalladas observaciones, que son dignas de leerse, acerca del encuentro entre el *Presidente* y el *Pequeño Belt*.

conocer qué espíritu animaba á nuestra gente de mar en aquella época. Poco despues del encuentro entre el *Presidente* y el *Pequeño Belt*, los *Estados-Unidos*, buque de cuarenta y cuatro cañones, al mando del comodoro Decatur, se encontró fuera del puerto de Nueva-York con la *Eurydice* y la *Atalanta*, buques ingleses, y mientras sus comandantes hacian las preguntas de costumbre, uno de los marineros del buque americano, dejó caer involuntariamente la mecha que tenia en la mano sobre un cañón, que se disparó en el momento (*).

El lector comprenderá por este hecho qué espíritu de hostilidad predominaba entre nuestros marinos, pues basta decir que los artilleros del buque americano estaban ya preparados para el combate sin haber mediado provocación. Felizmente los jefes obraron con prudencia y dadas las esplicaciones convenientes, el comandante inglés se retiró, satisfecho de que no se hubiera intentado provocarle.

Mr. Foster, el nuevo ministro inglés, llegó á los Estados-Unidos en el mes de junio, y habiendo entrado desde luego en el desempeño de sus funciones, entabló una larga é importante correspondencia, de la cual se dedujo que la Gran Bretaña no estaba dispuesta á desistir de sus proyectos, y á reconocer los derechos de América. Ofreciase si una reparación por el ataque al *Chesapeake*, prometiendo devolver los hombres de que se apoderara el comandante inglés, y compensar pecuniariamente á las familias de los muertos y heridos; pero respecto á las cuestiones vitales, que eran las órdenes del Con-

(*) Mr. Cooper dice que esta es la excusa que dió el marinero, pero Decatur creyó que se habia hecho fuego intencionadamente con objeto de empeñar la acción. Tan deseosos estaban nuestros marinos de llegar á las manos que nada tendria de extraño fuese esto cierto.

sejo y el derecho de apresamiento, que proclamaba Inglaterra, dijo Mr. Foster que no podía hacer nada. Este intolerable abuso por parte de la Gran Bretaña, acrecentaba la irritación del pueblo americano, y la nación se iba preparando á la resistencia armada. Según los últimos despachos recibidos, supose que el tribunal del Almirantazgo inglés habia declarado buena presa veintiseis de nuestros buques, y que pensaba hacer lo mismo con otros, resultando de esto que todos los males de la guerra recaian sobre los Estados-Unidos, en tanto que los ingleses se aprovechaban de las ventajas que les reportaba aquella. En una palabra, los cruceros de la Gran Bretaña, según demostró Mr. Dallas, habian apresado nueve cientos buques americanos desde el año 1803, apoderándose además de nada menos que seis mil marineros, quienes inútilmente alegaron ser ciudadanos de los Estados-Unidos. No contenta con esto dicha nación, habia confiscado los bienes de muchos de nuestros comerciantes, y secundando las enormidades de Francia, con objeto de poner una especie de bloqueo en una gran parte del globo terráqueo, ahuyentó luego del Océano todos los buques mercantes que navegaban con el pabellón de América, sin respetar los derechos de neutralidad y las leyes de la nación. Merced á estos abusos habia aumentado su comercio aunque de una manera fraudulenta, y todas las potencias beligerantes disfrutaban de las ventajas de la paz, mientras las neutrales sufrían las consecuencias de la guerra. Por último Inglaterra habia ejercido en el mar la misma tiranía que su poderoso antagonista Napoleon en la tierra, y no satisfecha su insaciable ambición, exigía aun que las víctimas de sus usurpaciones y violencias, la respetasen y reverenciaran cual si fuese la única defen-

ra de los derechos y libertades de la humanidad (*).

Fácilmente se comprenderá que en semejante situación, el pueblo exasperado aguardaba impaciente á que se reuniera el Congreso, pues toda la Union, esceptuando solo una gran parte de Nueva-Inglaterra, **1811.** estaba dispuesta á la lucha. Mr. Madison, sin embargo, no queria apelar á las medidas extremas; los individuos de su Gabinete no convenian en sus opiniones, y como Mr. Smith y Mr. Gallatin no se llevaban bien, y el Presidente prefería al segundo, el primero de estos señores presentó su dimisión. Aceptada esta, se nombró á Jacobo Monroe, Secretario de Estado en el mes de noviembre; Guillermo Pinkney sucedió tambien poco despues á Rodney en el cargo de Secretario de Hacienda.

Además de las causas que ya hemos dicho, y que motivaban nuestras diferencias con la Gran Bretaña, existían tambien otras de no menor importancia. El Gobierno Británico, merced á la posición del Canadá y á las ventajas que esta le reportaba, influyó con los indios para que se declarasen en su favor en la lucha que se preparaba contra los Estados-Unidos, y habia motivos para creer que los emisarios ingleses trabajaban activamente con el objeto de fomentar las disensiones y escitar el enojo de las tribus del Noroeste contra los ciudadanos de América. El aumento de las colonias de blancos, que iban estrechando los límites de los terrenos donde cazaban los salvajes, la introducción de los licores espirituosos, y otras diversas causas, habian dado lugar á frecuentes disturbios entre los indios del Noroeste, que en

(*) Véase la *Exposición de las causas de la última guerra con la Gran Bretaña*, por Dallas, págs. 47-48. Esta curiosa obrita, impresa en Philadelphia en abril de 1815, apenas se encuentra en el día.

repetidas ocasiones se propasaron á robar y asesinar á los pobladores.

El general Harrison, gobernador del territorio de Indiana, habia comprado en 1809 una considerable estension de terreno á los indios Miami, venta que escitó el enojo de Tecumseh, jefe de los Shawnee, quien dominado por la ambición, aspiraba á proclamarse jefe de las tribus del territorio occidental á fin de realizar el proyecto que concibiera cincuenta años antes el célebre Pontiac. Hablamos de aquella confederación de los indios, que tuvo por objeto oponerse á que los blancos estendieran su territorio. En agosto de 1810, Tecumseh y sus guerreros celebraron una conferencia con el general Harrison en Vincennes, mas no habiéndose avenido las partes, Tecumseh y su hermano, á quien llamaban el Profeta, y que no era sino un impostor, resolvieron recurrir á los extremos.

En la primavera de 1811, comenzó á cundir la alarma entre los habitantes de la frontera por los repetidos abusos de los indios, y habiéndose solicitado el auxilio del general Harrison, éste se puso en marcha hácia la ciudad del Profeta, situada en la confluencia de los rios Tippecanoe y Wabash, con algunas fuerzas de la milicia de Kentucky é Indiana, y el cuarto regimiento de los Estados-Unidos, á las órdenes del coronel Boyd, cuyas

tropas eran suficientes á juicio del jefe americano para reprimir los desmanes de los indios. La expedición marchó á principios de noviembre, y cuando ya estuvo próxima á la ciudad del Profeta, salieron los principales jefes de las tribus para ofrecer paz y sumisión al general Harrison, rogándole al mismo tiempo que pasara con ellos la noche, lo cual hizo sospechar al general que se le tendía un lazo. A las cuatro de la madrugada, en efecto, los indios atacaron furiosamente á las tropas, que despues de una sangrienta lucha, consiguieron al fin rechazar á sus enemigos, pero tuvieron sesenta y dos muertos y ciento veintiseis heridos, si bien las pérdidas de los salvajes fueron de mucha mas consideración. Bien puede asegurarse que aquel fué uno de los combates mas sangrientos que hubo con los indios. Tecumseh no tomó parte en la acción, y el Profeta, situado en una eminencia, lejos del peligro, se ocupó durante la batalla en hacer conjuros, los cuales, según vemos, no produjeron ningun efecto. Despues de destruir la ciudad y de haber construido algunos fuertes, Harrison volvió á Vincennes, donde fué recibido con el mayor entusiasmo por la victoria que acababa de alcanzar (*).

(*) Véase la *Historia de la última guerra*, por Brackenridge, págs. 22-26, y la *Historia y biografía de los indios de la América del Norte*, por Drake, págs. 616-20.